

MERY SALES

Relación entre María Zambrano y mi pintura

Un razonar poético-pictórico

La necesidad de mirar y mirarse del ser humano mediante las palabras y los cuadros es, según María Zambrano, la búsqueda irrenunciable de algo perdido. En este sentido, mi atracción hacia la pintura y su viva consecuencia en cada cuadro, puede considerarse un ejemplo de esta vocación. Mucho antes de cualquier razón posible, existe una necesidad básica de encontrar el valor oculto de lo que intuyo, descubro y voy aprendiendo con el paso del tiempo. Pintar puede verse, en este sentido, como una forma alternativa de pensar que me empuja a visualizar y hacerlo de otra manera. Supone estar en disposición de observar íntimamente el orden y el caos que existe fuera y también en mi interior; implica detenerme, cerrar los ojos y tomar conciencia de lo que siento para asimilarlo, requiere aprehender lo sorprendente de lo que veo para cuestionarlo de nuevo, experimentando y adentrándome en lo oculto; conlleva expresar el transcurrir imperceptible de la vida dándole otra sustancia para rescatarla de su invisibilidad;

persigue una salida a la emoción íntima y contrastada de la existencia, y requiere, por todo esto, ser y convivir en ese lugar escondido del pensamiento que no siempre encuentra la forma de abrirse y ser expresado: un razonar poético mediante la pintura.

María Zambrano interviene en esta forma de sentir la pintura y su influencia es la motivación inicial de mi trabajo. Aunque para entender mejor las claves de dicha influencia cabe hablar de aspectos que resultan similares –tanto en el contenido como en la actitud, con la que cada una encauza el sentido de lo que hace. Existen varios símbolos y señales empleados por ambas que hablan de tal sintonía, como son las distintas formas de hablar de la luz: la que guía o la cegadora; el incendio y la llama en la sombra, el temblor y el vacío, lo oscuro y la palabra, la noción dialéctica del drama y la trama, lo fronterizo y lo marginal, la crítica social, lo humano, el eclipse y el duermevela, el agua atmosférica o la ensimismada, el sendero o los bosques de claridades.

Todos ellos han ido conformando temas y señas que actúan como metáforas de la búsqueda, la duda activa, el silencio revelador, lo intangible encarnado, el testimonio poético, la persona: cuerpo y conciencia, o también la utopía: la apuesta constante por nombrar otra realidad posible. Innumerables posibilidades que muestran, desde la pintura, un razonar poético, ese modelo sensorial y emocional de procesar el misterio, presentarlo o tratar de trascenderlo.

En la mayoría de mis cuadros aparece un equilibrio inquietante entre lo posible y lo imposible. El alto grado de entropía produce inquietud, tensión y deseo, parecen finalmente pinturas indescifrables e inconexas entre sí, asistemáticas, como ametódico es el sistema de pensamiento zambraniano, únicamente afines a una “música de ideas”, diría la filósofa, dispuestos así con la intención de crear cada vez una particular e íntima sinfonía de luces.

Desde la sombra su discurso nos enseña que hay que aprender a dejarse llevar también por la llama, y a tal fin emplea la palabra para fundirse sin miedo con lo traído desde lo profundo. La estructura de su pensamiento no es lineal y su composición no se sostiene tampoco en pilares de comprensión y en seguras certezas, se deja llevar, aparentemente se pierde en la belleza de la retórica por un pozo sin fondo hasta aparecer un golpe de sentido asombroso e inesperado

Su escritura no es pragmática ni tiene una finalidad lógica e instrumental, sino que ilumina la parte estancada y oscurecida de lo humano aunque el hacerlo conlleve perder el apoyo de la razón ilustrada. Su voluntad es, en consecuencia, sorprendentemente crítica y creativa. En sus palabras, María de- muestra un estilo libre que entrevera el lenguaje filosófico con el lírico y se deja permear por ramas hermanas de la expresión poética, como la música y la pintura, que procuran timbre y tono al sentido. La pintura, de hecho, será con frecuencia la encargada de ofrecerle visiones esenciales capaces de seguir

generando actividad conceptual, pues gracias a la luz, ser y pintura se desvelan unidos a la pregunta¹.

Más allá de las coincidencias descritas, existen otros motivos que me vinculan a ella, lo que podría llamarse una implicación en la realidad circundante mediante la acción creadora, pues ésta no es caprichosa sino vinculante. Desde esta óptica, volvemos sobre aquellos elementos simbólicos que pueblan los lienzos y se repiten reiterativamente para crear cuadros de sentido. Como veíamos, en todas las pinturas con fuegos, la llama o llamas se encargan de prender y hacer trama de luz (trama de la vida y de las personas que se ilumina mediante la lucidez del pensamiento en movimiento continuo), o red que traba, funde o construye, transformando una realidad en otra. Pasar la llama es también pasar el testigo.

Otro de los símbolos, o cuadros de sentido comunes, es el agua y los espacios líquidos. El agua como medio que mueve, desplaza o disuelve los distintos destellos y sus matices, vistos como los puntos que pudieran ser disonantes para el entendimiento entre culturas o entre personas. Enlaza este aspecto con la idea de adentrarse en lo profundo y bucear por debajo de las certezas, en lo desconocido y en las entrañas de uno mismo. Para ella, el verdadero proceso de la filosofía y su progreso, de haberlo, estriba en descender cada vez, a capas más profundas de la ignorancia, adentrándose en el lugar de las tinieblas originarias del ser y de la realidad. Eso es lo que entiendo por el proceso y el progreso del hecho de pintar,

1. María Zambrano citada por Rogelio Blanco Martínez en “Razón pictórica”, *Archipiélago. Cuadernos de Crítica de la Cultura*, N° 59, Barcelona, 2003, p. 95.

Rogelio Blanco Martínez fue amigo íntimo de María Zambrano y se ha encargado de las publicaciones de la pensadora en los últimos años de su vida (1986–1991).

como puede adivinarse, sobre todo en aquellos cuadros cuyo centro abisal invita a sumergirse sin miedo, buceando hasta el fondo.

En todos los textos de la filósofa todo es incierto misterio y juego de luz: luz en forma de idea. Ella, en efecto, se entrega a la escritura con el fin de iluminar la existencia, y su pensamiento trae a la intemperie de la conciencia tanto las oscuras realidades de lo corpóreo como las íntimas del ánimo. De este modo, el discurrir busca abrir nuevas posibilidades, a veces incluso a través de una labor de ruptura y destrucción, desafiando los cánones de nuestra tradición filosófica y exponiéndose incesantemente al extravío. Las enriquecedoras reflexiones de Chantal Maillard sustentan este argumento cuando considera su aportación a la filosofía como el inicio de una nueva racionalidad, femenina y débil, cuya fuerza estribaría precisamente en su vulnerabilidad, porque lo débil es fuerte en su porosidad, en su maleabilidad, en su plasticidad, en su capacidad, en definitiva, de expresarse en nociones dinámicas y dinamizadoras, dislocando la lógica de la disyunción y la exclusión, abriendo un espacio de libertad, al “lado oscuro” del sentir.

Surge amica mea et veni es, finalmente, una necesidad de acercamiento desde la práctica pictórica a ese espacio de pensamiento libre. Partiendo de mi sintonía con su *razonar poético*, el grupo de cuadros expuestos señala a la pintura como medio legítimo para intentarlo.